

una de las galeras buenas que había en Alcázar era la suya con la que iba mucho a Consuegra, que era su pueblo y no precisamente a pasearse.

En esta misma calle estaban las lonjas de los Tapias, Ceferino y Juan José y la botica, allí vivía el Conde, los Aguileras, Don Joaquín ocupando una acera entera, Don Juan Guerras, Don Juan Castellanos, Girón, el Notario Don Trinidad y menestrales de fuste como Francisco Vaquero, Carabina, Fulgencio Barco, Diego Vaquero, etc. y en la calle de Ramón y Cajal la botica de Andújar, Marañón, las Baillas que cogían toda la manzana hasta Santa Quiteria y comerciantes y banqueros como Santiaguillo y el Sr. Bonifacio, de tanta confianza que el Ayuntamiento decidió llevarle sus fondos a Santiaguillo por considerarlos más seguros que en sus arcas.

Recuerdo que el Sr. Bonifacio que tenía puertas de entrada a su tienda por la Castelar y por la calle de la Marina, consideraba esta la principal y en ella hacía, por la parte de dentro, la exposición de las mantas y piezas de tela considerando como secundaria la puerta de la Castelar.

Cuando el Sr. Bonifacio estaba hablando con alguien y con mi padre miles de veces, se ponían detrás de la vidriera de la Castelar y dejaban la otra libre para que entrara la gente y se dirigiera al mostrador, detalle seguro que no falla de como se apreciaban las necesidades y se respetaba la tendencia del público.

Lo que abundaba en la Castelar eran las portadas de servicio de las casas principales y todavía hay alguna bien demostrativa al efecto.

No debe nadie extrañarse del aspecto rústico y solitario que ofrece la calle en estas reproducciones porque era el único que podía tener y el que le correspondía por su misión de callejuela de servidumbre y corriente la más caudalosa y sucia de sus aguas de lluvia.

Don Juan Guerras, que era dueño de todo el barrio de la estación, hizo su casa, con gran algibe, del que bebí no pocas veces, por ir a jugar con los hijos de su encargado, Ramiro el carpintero, que vivía con su taller en la casa de más arriba y se comunicaba por dentro con la casa principal, en la calle Resa y no en lo mejor sino en lo más cercano a sus propiedades, con lo fácil que le hubiera sido vivir en el Cristo o en cualquier parte del paseo, donde mediando mi padre, vendieron últimamente todas las casas de la acera de la izquierda a mil duros la pieza y la misma suya en ocho mil, pagándola con exageración.

Todo ello significa que las referidas demarcaciones carecían de categoría ciudadana y se valoraban en mucho menos que San Francisco o la Plaza, conceptos que ha subvertido la vida comercial de estos parajes elevados por gracia a un estado de admirable prosperidad.